

pa de la correccion del calendario, y ha escrito á los Padres del Concilio de Letran, á los sabios de Italia, que le dirijan el resultado de sus trabajos acerca de esta reforma tan deseada, que no puede cumplirse sino bajo el reinado de Gregorio XIII. Anúnciase tambien Celio Calcagnini, de Ferrara, que enseñó, á pesar del testo aparente de la Biblia, y mucho antes que Copérnico, la rotacion de la tierra; y una multitud de infelices religiosos de la órden de Santo Domingo, que llegan á deponer á los pies del Padre comun de los fieles sus amargas quejas acerca de los padecimientos que los conquistadores del Nuevo-Mundo hacen sufrir á los indios, que cercan, aprisionan y venden como esclavos. El Papa, en nombre del Evangelio y de la naturaleza, ha desterrado este vergonzoso tráfico. En las solemnidades se confunden todas las categorias, y la vestidura blanca de un dominico roza al pasar el traje de púrpura de Castiglione, que era el mas cumplido cortesano de su siglo, el hombre de los palacios y de las cortes.

Este es el autor del *Libro del Cortesano*, obra moralista, menos fútil que lo que indica su título, y en el que puede estudiarse, á falta de verdadero teatro, la parte cómica de la sociedad italiana en el siglo XVI. Al lado de este escritor, de tan rica y hermosa vestidura, observad esa especie de enano, que procura aumentar su talla poniéndose de puntillas, y el cual suelta una carcajada satánica á la vista de las oleadas de cortesanos que rodean á Leon X: este es Aretin, que lleva el título de *Divino*, de *Azote de los principios*, y que se le conoce casi como el hombre de la sátira y de la ironía (1); Aretin, quien, segun cuenta Bando, manejaba el estoque y la maza tan bien como el tro-

(1) A pesar de la magnificencia de Leon X, su corazon era tan puro, que le hubiera causado horror solamente pensar en gratificar á Aretin, si este Pontifice hubiese sospechado el monstruoso abuso que el poeta debia hacer mas tarde de su talento.

vador maneja la espada, y cuyas espaldas, verdadero mapa náutico, contenian las señales de sus numerosos enemigos. Arrojado de Arezzo, su patria, por algunos sonetos que habia compuesto, llegó á Roma casi desnudo. Leon X le vistió, le alojó, y le ofreció ricos presentes. Cierta dia, entre otros, le dió una suma, que podria ofrecerse á un príncipe, no haciendo esto para comprar su silencio, porque Aretin calumnió á su protector, sino para que tuviese conocimiento del singular talento de este hombre, y pudiese publicar algun dia su fama. Despues de seguir á Aretin, ya vereis que, despues de haber besado la mano al Papa, baja la escalera del Vaticano, y se vuelve á su morada. Habita en la plaza del Pueblo. Eles quien, en estilo completamente hiperbólico, va á pintaros su interior. Dice así:

«Esto es morir de fastidio; los grandes señores me calientan la cabeza con sus visitas; mi escalera está ya desgastada por los pasos de los cortesanos, como las vias del Capitolio por las ruedas de los carros de triunfo. ¡No! Nunca ha visto Roma en sus calles esta confusion de naciones que se presentan en mis habitaciones. Se ven en ellas turcos, judíos, indios, franceses, alemanes é italianos. Dejo á vuestra penetracion si faltarán á esta cita los españoles; tampoco os hablaré del pueblo. Creedlo; me es imposible pasar un minuto sin que tenga que estrechar entre mis brazos á soldados, estudiantes, hermanos y sacerdotes. Me he convertido en oráculo de la verdad: uno viene á contarme lo que se ve obligado á sufrir de un príncipe; otro las fechorias de un Prelado: soy el secretario universal; no olvideis ponerme este título cuando me escribais.»

Preséntase tambien otro Aretin, el que ha celebrado al Ariosto; el hijo de Benito Accolti, autor de una *Historia de las Cruzadas*, que se lee todavia en Italia; hermano de Pedro Accolti, que redactó la Bula de excomunion contra Lutero, aquel magnífico trabajo de latinidad. Bernardo Accolti es poeta. Roma se volvía loca con sus versos; llamábale

el *Celeste*. Cuando iba á cantar, las tiendas se cerraban, y los jornaleros de todas clases marchaban á oírle. Caminaba entre una hilera de soldados suizos que Leon le habia dado en prueba de admiracion, y alumbraban al auditorio con hachas. Cuando se pronunció el nombre de Accolti por el introductor del Vaticano, el Santo Padre se levantó. «Abrid las puertas; dijo, y que entre el pueblo.» Este se precipitó en el palacio del Papa. Accolti recitó un terceto en honor de la Virgen: todas las almas se conmovieron, y se gritó: «¡Viva el divino poeta! ¡Viva el celesté Accolti!»

¡Mas aguardad! De repente toda aquella turba de cortesanos que rodea á Accolti, que le pregunta con la voz y con la mirada, torna á conmovirse de nuevo, y presta otra vez su atención. Se percibe algun ruido por fuera; en la escalera del Vaticano suenan pisadas: el Papa se sonríe en señal de inteligencia. El que llega es Rafael: Rafael tal como habreis debido verle en el cuadro de Horacio Vernet; Rafael ya gran señor, mas aun que Chigi, y ante el cual se inclinan los guardias del palacio pontifical, y que se presenta rodeado de un cortejo de pajes, en la flor de la juventud y de la belleza. A su vista se forma una doble hilera; una de sus partes se compone de Cardenales y de nobles romanos; la otra de teólogos y de sabios, por entre las cuales se adelanta el artista con la gracia que todos conocéis. Dobla la rodilla, y besa el anillo del Pescador. No han trascurrido aun seis meses desde que el Papa, queriendo adornar las paredes del Vaticano con tapicerías al uso de las que Flandes ejecuta con tanto primor, ha dicho á su artista que le dibuje asuntos propios á las inspiraciones del artista. Este dia ha llegado. Rafael trae doce cartones, en los que ha representado las escenas principales de los actos de los Apóstoles: cada uno de estos cartones está rodeado de una orladura en claro-oscuro, en que el pintor ha colocado algunos pasajes de la vida de Leon X. A la vista de estos maravillosos trazos, en que Rafael, para agra-

dar á su protector, gastó todo su genio é imaginacion, hubo entre los espectadores uno de esos momentos de contemplacion silenciosa, en que parecen suspenderse á la vez la circulacion y la vida: mas poco despues, todas las miradas se dirigen sucesivamente de los cartones al pintor, y se oyó gritar al Papa: ¡Divino! repitiendo la misma exclamacion todos los asistentes, llevados del mayor entusiasmo.

Entre la multitud se observa un hombre con la cabeza calva, que vive de su trabajo y no de inspiracion, y que por un momento fue el émulo de Rafael, siendo tambien al propio tiempo su mejor admirador: aquel hombre es Sebastian del Piombo, que viene á presentar al Papa el boceto dibujado por Miguel Angel, y el cual tiene que revestir Sebastian de aquel colorido cuyo secreto arrebató á alguno de los pintores venecianos.

He aqui dos hombres para vencer á Rafael; á saber: Miguel Angel y Sebastian del Piombo; el uno concibiendo el pensamiento, creando el asunto, imaginando el drama; el otro prestándole el colorido; es decir, la vida. Se ha dicho en la historia de la pintura que Buonarotti, cansado de ver tributar á Rafael alabanzas que hasta entonces no se habian rendido mas que á la Divinidad, quiso, ya que su paleta no podia rivalizar con la del jóven pintor, recurrir á Sebastian del Piombo, que era el rival y acaso el maestro de Rafael en el arte de colorido. La resurreccion de Lázaro, obra de dos maestros, era el guante arrojado al favorito de Leon X. Rafael tuvo suficiente valor para luchar con tales hombres: tomó su pincel, y se encerró en su habitacion durante algunas semanas, renunciando al Vaticano, al Papa, á sus amigos, para trabajar en su obra. Pronto llegó el dia de juzgar las dos composiciones; pero á la vista de la Transfiguracion, Roma lanzó un grito de sorpresa y de admiracion, y repitió con Mengo: «Hé ahí el tipo del bello ideal, el parangon del arte, la maravilla de la pintura, el esfuerzo mas sublime del genio del hombre.»

Sebastian del Piombo se confesó vencido; pero ¡qué derrota!

Largo tiempo la Francia, á la cual el Cardenal de Médicis había regalado el cuadro de Sebastian, creyó que poseía la obra maestra de la pintura. La victoria no nos había puesto aun delante de la página capital de las obras de Rafael.

Ahora bien; decidnos: ¿qué os parece de estas grandes recepciones papales? ¿Dónde hallareis en los tiempos modernos salones en que la epopeya, la historia, la pintura, la escultura, la gramática, la elocuencia, la teología, todas las artes libres, y hasta la misma música, posean sus representantes? Juan María, israelita, durante la comida del Papa, tocaba la lira, y Leon X le recompensaba generosamente.

Terminemos este pálido bosquejo del reinado de Leon X. Los que deseen conocer sus maravillas, les dirigimos á Paul Jove y á Villiam Roscoe, que son los que las han descrito. ¡Honor, sobre todo, al historiador inglés, que demostró su gratitud hácia la memoria de los Médicis!

Su libro, á pesar de algunas faltas inseparables de un trabajo en donde se descubre aun un pensamiento de secretario, es un hermoso don en honor del restaurador de las letras, una noble página en la vida del escritor inglés. Después de referir estensamente la historia de este Pontífice, que nos presenta bajo la aureola que le habian formado los artistas, Pablo Jove nos le pinta huyendo del ruido y pompa del Vaticano, de las fiestas de Roma y de la embriaguez producida por el incienso que se quemaba por él en Italia, de los regocijos así como de la esclavitud del papado, y sin decir nada, marchando repentinamente como fugitivo para ir á visitar á su ciudad de Migliana. Cuando se aproxima, las campanas de la pobre aldea empiezan á repicar, le salen al encuentro los aldeanos, cubren el trán-

sito con hojas, detienen la litera del Papa, y se dirigen á ofrecerle flores. Leon baja de su silla, les da la mano, les hace mil preguntas, besa los blancos cabellos de los ancianos, acaricia á los niños, dota á las doncellas, y paga las deudas de los indigentes; porque considera como el deber de un príncipe aliviar la miseria, y despedir con alegría interior y exterior á todo el que se acerque á él.

Leon X murió el 1.º de diciembre de 1521. Algunos dias antes de espirar remitió al cura de Einsiedeln, á Zuínglio, el diploma de capellan acólito de la Santa Sede, y demostraciones de su munificencia á Reuchlin, cuya obra había sido condenada al fuego por algunos de sus pasajes en las Universidades de Paris y de Colonia, y el cual se refugió, por último, en Roma. Esto era concluir como había empezado.

Poco tiempo después se vió una barquilla, que dejaba con gran sigilo á la ciudad de Basilea: el que la conducía saludaba á la ingrata ciudad, que le desterraba, en versos latinos, que brotaban de sus labios cuando su corazón se hallaba oprimido por el pesar: «¡Adios, Basilea; tú que fuiste para mí por tanto tiempo tan hospitalaria y tan tierna! ¡Adios, te repito desde esta barea que me va á alejar para siempre de ti! ¡Goza de todas las felicidades á la vez, y ojalá no tengas nunca un huésped mas incómodo que yo!»

El que cantaba de este modo era Erasmo, á quien el intolerante protestantismo arrojaba de Basilea, siendo á él á quien debía gran parte de su gloria.

Ya conocemos á Leon X. Que se nos diga ahora quién, entre el Papa y Lutero, era el que servía de obstáculo para la paz de la Iglesia. Figurémonos á Julio II en el puesto de Juan de Médicis: en este caso el Pontificado sería inflexible; hubiera desoido la palabra del innovador, y tal vez le hubiera impuesto silencio sin escucharla. Pero ¿no parece que la Providencia colocó en el trono un Prela-

do como Leon X, «un cordero en medio de lobos, un Daniel en la cueva de los leones, un Ezequiel entre los escorpiones», cuyas costumbres son tan puras, que el soplo de la calumnia no intentó siquiera empañar, con la mira de que la resistencia no tuviese ningun pretesto para justificarse á los ojos de los hombres? Y, con todo eso, no se han hallado almas, Hutten, por ejemplo, que, despues que Lutero hablase alto al Antecristo, han repetido: «¡Antecristo! ¡Leon X el Antecristo! ¿No es esto sobrada locura?» La Providencia, que velaba sobre su obra, quiso tambien que este Papa, ángel de dulzura, fuese asimismo un ángel de luz, á fin de que la Reforma no pudiese acusarle de aborrecer ó de perseguir los dones de Dios, y sin embargo, y á pesar de esto, ¿no ha dicho ella misma que, sin Lutero, el mundo gemiria aun bajo las tinieblas?

Comprenderíamos á la Reforma si acusase á Leon X de haber mostrado un amor demasiado vivo por la antigüedad pagana.

CAPITULO XIII.

LUTERO EN WORMS.—1521.

Disposiciones de Lutero antes de su salida para Worms.—Su folleto á la nobleza alemana.—Marcha á Worms.—Su canto *Ein feste Burg*.—Su visita al cementerio de Erfurt.—Su sermón en la iglesia de esta ciudad.—Su entrada en Worms.—Comparece ante la Dieta.—Vanos esfuerzos del Arzobispo de Tréveris y del canceller Veh para atraer á Lutero.—Fisionomía del drama.—*Elenchus*, ó compendio de la simbólica de Lutero á la Dieta.—Exámen de los debates religiosos de Worms.—Necesidad de una autoridad.

El elector de Sajonia protegía á Lutero. Obtuvo del monje que compareciese antes de su partida en Worms, que era el punto de reunion de la Dieta. Gaspar Sturm d'Oppenheim salió de Worms con un salvo-conducto para Lutero, á quien entregó cartas del elector Federico, de su hermano Juan y del duque Jorge, que le decian obedeciese al Emperador, y se fiasse de la palabra que este le habia dado, y de la cual salian ellos garantes. Jorge Spalatino le escribia al mismo tiempo, y le pedia concurriese inmediatamente á la Dieta, indicándole tambien los artículos de que podia retractarse para bien de la paz y de las conciencias.